

se hace menos visible en la prosa, de suyo lenta ligada a la práctica, sin tantos pares de alas.

Pero entre los nuevos descubrimos hallamos indiscutibles.

Léase «El Arbol», María Luisa Bombal, a quien elegiremos, por el momento, como representante de las nuevas generaciones. Aunque también podría serlo su vecina, Luz de Viana, más reciente aún, menos construída, según la antigua formula. Las divagaciones de d'Halmar, cuya línea va de polo a polo y liga los contrarios, sus sueños dispersos, apenas materiales—«la sombra del humo en el espejo»,—resultan concretos y anecdóticos junto a las páginas de estas autoras, tejidas de otros hilos que dan otra tela, menos aparentemente lógica y, al principio, para la mayoría, muy desconcertante.

La historia viva del cuento, más que contada, expuesta aquí en casos concretos, reproduce y aclara en síntesis la evolución general de las artes y las letras. Y del resto.

Merece gratitud la dirección de la revista Atenea, por el considerable esfuerzo bien orientado, cuyos frutos aprovechamos en este suculeto número de septiembre-octubre. Con unos cuantos más por el estilo que dedicara a otros aspectos de la literatura nacional, la tarea de los historiadores y críticos se allanaría mucho. (*)

ALONE.

<https://doi.org/10.29393/At281-24PMRM10024>

Premio «Al mejor compañero»

El siguiente es el texto del discurso pronunciado por el ex alumno y actual Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción, don Rolando Merino R. en el acto de repartición del «Premio al mejor compañero» que la Sociedad de Ex Alumnos de la Universidad de

(*) El Mercurio, 28 — XI — 1948,

Concepción efectuó solemnemente el 19 de noviembre de 1948 en el Salón de Honor:

Señoras; señor Rector; Señor Presidente de la Sociedad de Ex Alumnos de la Universidad; amigos estudiantes; señores:

Hay virtudes heroicas, virtudes briosas que parecen caminar sobre el tiempo, precedidas de himnos marciales; que deslumbran de puro esplendor; que atraviesan los siglos para ubicarse en las páginas inmortales de la Historia, y vivir en el recuerdo permanente de las generaciones. Los poetas cantan a estos héroes. Los grandes poemas de los pueblos son, precisamente, cantos de gestas heroicas.

Es Julio César, conquistando Las Galias; o el Cid Campeador—aquél que dió al mendigo leproso la desnuda limosna de su mano—galopando en su caballo Babieca por las tierras de España; o Rolland, el héroe legendario, haciendo oír su cuerno de guerra en las tierras de Francia; o Napoleón, alzándose sobre Europa como guerrero dominador y legislador; o Joffre deteniendo a los ejércitos invasores de su patria en las márgenes del Marne; u O'Higgins, nuestro prócer máximo y gran demócrata y republicano, rompiendo en Rancagua el cerco de fuego enemigo para conservar un girón de libertad, que habría de alzarse definitivamente en Chacabuco y Maipú; o San Martín—a quien podríamos llamar el estratega taciturno y empecinado—atravesando las altas moles de los Andes, empresa que a muchos pareció imposible; o Arturo Prat, abogado y marino de virtudes cívicas y bélicas, que salta sobre la cubierta del Huáscar, en un desesperado esfuerzo para vencer.

Y tantos otros. Y tantos más, que sería largo señalar.

Son los héroes por antonomasia, que marchan a través de los siglos precedidos de himnos marciales. En los viejos textos de historia, los padres muestran a sus hijos las efigies de estos próceres. En plazas, paseos y calles, se conservan sus nombres o se encuentran perpetuados, en sus más altos gestos, por la

piedra, el mármol o el bronce. Y ahí están para lección diaria de las generaciones venideras. Parecen señalar, con sus figuras que emergen del pasado, las rutas, iluminadas por la antorcha del sacrificio o del martirio.

Y luego, otros.

Los que atravesaron «la mar incógnita», para descubrir tierras que eran también y entonces «incógnitas». Los que, navegando sobre la vastedad de los océanos, descubrieron islas, golfos, estrechos, y fueron delineando, con sus andanzas atrevidas, el contorno difuso de los nuevos continentes. Son los grandes navegantes, descubridores, colonizadores. Son, en fin, los héroes de la conquista de la tierra y de la geografía humana.

Sin querer establecer una exacta prelación—que es imposible o difícil dentro de los valores humanos—vendrán después los héroes de la investigación y de la ciencia. Ellos han ensanchado el horizonte de los conocimientos humanos y han hecho posible el dominio del hombre sobre la naturaleza antes hostil. Mediante su paciente labor, en años y en siglos, han ido recorriendo el espeso velo que ocultaba grandes problemas y esclareciendo los fenómenos que, por ignorarlos, el hombre reverenció en un tiempo.

Es Sigmund Freud descubridor de ese nuevo mundo, tremendo y trágico, que es la subconciencia humana. Es Luis Pasteur, descubridor de los micro-organismos, que pone en guardia a la humanidad acerca de esos enemigos invisibles, pero innumerables. Es Roberto Koch, descubridor del destructor bacilo que lleva su nombre y haciendo con ello menos dolorosa la vida de la humanidad doliente.

Y tanto más. Y tantos otros, heroicos investigadores en la ciencia, que han dado a los hombres, mediante el conocimiento inductivo y metodizado, el instrumento eficiente de su liberación y de su destino.

Y están también los que cultivaron las virtudes de la santidad o del martirio religioso; los que trataron de realizar aquí,

sobre la tierra, ese postulado que parece ser de más allá de la tierra: —«Amad los unos a los otros»; «Amad a vuestro prójimo como a vos mismo»—. Gran mensaje que, desde Oriente, lanzó hacia Occidente el humilde carpintero de Galilea y que, por la grandeza de su alma y de su llamado, es adorado por una extensa porción de la humanidad, como un Dios. Estos héroes de la santidad están inscritos en el Santoral de cada una de las religiones positivas, con las cuales los hombres pretenden consolarse de lo que ignoran, e ignorarán, posiblemente, por los siglos de los siglos.

Y después.

En silenciosa alegoría vienen las hermanas menores. Son las pequeñas, mínimas, casi domésticas virtudes del hombre. Por lo mismo, ni deslumbran ni brillan. Producen la impresión que, de puro modestas, no quisieran hacerse presentes. Hablan en voz baja, como si temiesen ser escuchadas o percibidas. Caminan por el lado de las sombras de la vida, con sordina, en puntillas. Cuando alguien, poseedor de estas sencillas virtudes, pasa a nuestro lado en sus menesteres cotidianos, posiblemente no lo admiramos. La leyenda no conservará sus nombres. La Historia callará su existencia. Ni en calles, ni plazas, ni paseos; ni la piedra, ni el mármol, ni el bronce, perpetuará sus recuerdos. Serán los grandes silenciosos y, quizás, los grandes e injustamente olvidados. Pero yo pienso y aseguro, que han sido y serán siempre los grandes necesarios.

Ignoro por qué extraña condición, tenemos la tendencia a poner el acento sólo en las virtudes excelsas. El hombre tiende a la grandeza, como las águilas a las más altas cumbres. Subrayamos, con exceso, las heroicidades bélicas, científicas, religiosas o morales. Comúnmente es objeto de nuestra férvida admiración, el guerrero máximo, el santo, el mártir, el sabio. Posiblemente creemos que, exigiendo un máximum de esfuerzo, podemos obtener de nuestros semejantes un mínimum ético, cultural, militar, científico, etc. Ya Plutarco, en sus «Vidas Paralelas»,

sólo hizo la biografía de los varones ilustres. Igual camino siguieron Carlyle, Emerson, Von Keyserling.

Es hábito pedagógico colocar frente al estudiante esas egregias figuras, incitándolos a una imitación cercada. Así, los hemos transformado en hacedores exclusivos de la vida de las sociedades, en propulsores únicos de los procesos comunitarios, ignorando que no han podido tener otra función que la de ser los canalizadores de las aspiraciones comunes de las extensas masas humanas, siempre efectivas y auténticas, hacedoras de su propia historia.

Y nuestros jóvenes se quedan extasiados, pensando que es demasiado alta la cumbre que se les pide escalar y que son escasas sus fuerzas para llevar a buen término tamaña empresa. Pudiera ser que no avanzaran en el camino, por habérseles pedido algo que está más allá de sus posibilidades. Posiblemente van a quedarse con los ojos sin esperanzas, que luego se llenarán de amargura y desencanto, ante el esfuerzo inútil o imposible. Si no temiera caer en la vulgaridad—y con el perdón de ustedes—me atrevería a decir que ésa es la vieja pedagogía latina y singularmente americana, «del tejo pasado», que sólo significa pedir mucho, porque estamos ciertos de que sólo se nos dará muy poco.

Reverenciamos—y yo también me inclino y reverencio las virtudes excelsas—pero también son dignas de alta consideración ciertas virtudes que yo llamaría menores. Pienso que son la sal de la humana existencia. Hacen bella y agradable la vida. Facilitan la convivencia pacífica y armónica de los hombres. Por lo mismo, son virtudes sociales por excelencia, porque desempeñan el papel o función de la argamasa cohesionadora. Podrán ser modestas y carecer de brillo. Pequeños son también los granos de arena, pero unidos forman las extensas playas, que contienen las violencias del mar.

Es por el ejercicio de estas virtudes que el hombre aprende a ser el amigo del hombre en todo momento; el cooperador en

los actos o menesteres mínimos, mediante el cambio de servicios. Es la amistad, sin llegar a los extremos del sacrificio heroico; la cordialidad en nuestro trato con los demás, sin caer en los halagos; la humana comprensión de los defectos ajenos y el anhelo de mejorarlos, sin violentar o herir, a quien tiene la desgracia de padecerlos.

La vida, mediante estos actos de sucesiva cooperación, se torna fácil, amable y llevadera. El individuo, así, no se sentirá nunca solo en su lucha por la existencia y sabrá que, junto a él, estará siempre una mano dispuesta a tenderse en los trances duros. Así como la conjunción de altas cumbres y pequeñas alturas determinan la geografía de una región o de un país, de virtudes grandes y de virtudes modestas, se va tejiendo la trama o urdimbre de la vida de los hombres.

No todo puede ser heroísmos y grandezas. Nuestro tiempo no es ya tiempo de los solitarios. Nuestra hora, es la hora multitudinaria por excelencia. Podrá Ortega y Gasset hablar, con un poco de rencor, de la supuesta rebelión de las masas. Yo diría que no es típicamente una rebelión, sino un movimiento ascensional, reivindicatorio de las masas humanas, pugnando por hacer oír su voz y por asumir la auténtica función realizadora de sus destinos, lugar que antes usurpaban los héroes.

De aquí la necesidad de ir conformando y modelando al hombre común, a la célula social, mediante el ejercicio de las virtudes cotidianas y modestas que, sin tener la grandeza de las otras, no por eso son menos útiles en las estructuras humanas. El individuo debe ser enseñado y orientado en el cultivo de las cualidades eminentemente comunitarias, entre las cuales no puede menos que figurar el aprendizaje de la cooperación cordial. Esta cooperación va, desde el estrecho círculo familiar—donde se fortifica con los fuertes vínculos de la sangre—hasta los círculos del trabajo, pasando por los de la escuela, el colegio y la universidad. Sin duda que hay urgencia en hacer que los estudiantes cumplan con sus deberes fundamentales; pero es, asi-

mismo de urgencia, iuculcarles las virtudes de la amistad, de la cooperación y de la cordialidad; no tanto que el hombre es hermano del hombre —ideal superior de vida difícilmente alcanzable— sino que se comporte como el amigo por excelencia del hombre. Realizado este ideal mínimo, podríamos apreciar sus trascendentales consecuencias para la vida privada y pública.

Ignoro si todos han apreciado debidamente, y con justeza, la importancia cívica que tiene la institución del premio al «Mejor Compañero», que otorga anualmente la Sociedad de Ex-Alumnos de la Universidad de Concepción. Con ello, en mi opinión, se ha pretendido dar valor y peso al cultivo y al ejercicio de lo que yo, impropriamente, he llamado «virtudes menores». No se trata de premiar al mejor estudiante, que ha sobresalido en el cumplimiento de sus obligaciones, a impulsos de su natural inteligencia o de su férrea voluntad. Precisamente, no se trata de éso. Se premia y se distingue en esta ocasión —y para ello estamos aquí reunidos— al que ha sabido ser el mejor compañero, al estudiante que ha sido el buen amigo de todos y que, con todos, ha sabido compartir el común pan de la vida de las aulas.

Este mejor compañero—podemos estar seguros—será después el mejor ciudadano, porque va a constituirse en el auténtico compañero en la extensa comunidad que es nuestra sociedad democrática. «Las Universidades producen pocos estudiantes sobresalientes, pero sí muchos buenos ciudadanos, y dejan a casi a todos los americanos, hombres y mujeres, el recuerdo de cuatro años encantadores», dice André Maurois, al referirse a las Universidades norteamericanas. Y al justipreciar el compañerismo universitario, estamos, al mismo tiempo, fortificando los lazos de nuestra comunidad democrática.

«¿Dónde están mis compañeros de antaño?», ha exclamado un poeta. Este melancólico grito podemos lanzarlo, o porque la muerte alejó a nuestros viejos amigos, o porque nunca

los tuvimos, porque también nunca fuimos capaces de serlo de los demás.

Hago votos por que nuestros estudiantes no se encuentren nunca en condiciones de decir lo mismo; que, cuando los años hayan hecho caer la natural ceniza sobre sus frentes, puedan volverse con optimismo para mirar la vida y señalar a los buenos amigos o a los buenos compañeros que supieron formarse durante sus estudios universitarios.

Buen premio, enaltecedor en grado superlativo, este democrático premio «Al Mejor Compañero» de cada una de nuestras escuelas universitarias.

En nombre de la Sociedad de Ex Alumnos, felicito cordialmente a cada uno de los jóvenes que lo han obtenido y hago, desde el rincón más limpio de mi espíritu, sinceros y profundos votos porque los que después de vosotros han de venir, sientan en este acto y en vuestra presencia, un agudo llamado a ser los mejores compañeros en los años próximos.